

ver á la señorita Schneider. Durante un entreacto atrevíme á interrogar á la mujer que abrió el palco, preguntándole si conocía al conde.

—Sí y no, me dijo, es un ruso cuyo nombre lo sé pronunciar nunca.

A media noche el conde fué á buscarnos y durante tres días no se separó de mi lado. Hízome mil cumplimientos por mis vestidos y sobre todo por mi buen gusto. Como me oyeron cantar tocando el piano, me propuso hacerme contratar en un teatro serio.

—A propósito, me dijo, ¿no siente usted haber dejado el Conservatorio?

—No, ¡á Dios gracias! le respondí, no he nacido para bailarina.

Transcurrieron tres meses en aquella vida casi conventual.

Venia el conde cuando se le antojaba y nos paseábamos por el río ó por el jardín; leíamos también mucho. Apenas iba á París una vez por semana y únicamente al teatro.

Gustábame montar y aunque tomé cariño á mi caballo, no todos los días iba al Bosque. Una pereza invencible me dominaba de pies á cabeza.

Vivía horizontalmente.

Pensaba muchísimo en mi madre, había escrito pero no me contestó.

Una sola vez vino mi hermana á verme y me contó la indignación y la pena de mamá.

Existen hijas que hacen poco caso ó ninguno de su madre: yo jamás pude olvidar-

la. Y si lo pretendí alguna vez, el semblante de mi madre se me aparecía grave y triste como diciéndome: «¿qué has hecho de tí?»

VII

¿Qué es la felicidad?

El conde era un original de alto vuelo, me fué imposible saber su nombre. Todos le llamaban *el señor conde* ó *mi querido conde*: naturalmente no me atrevía á interrogar á sus escasos amigos, y no quería ni me parecía bien sobornar á sus criados. Estos permanecían silenciosos y discretos conformándose con el carácter del conde.

Únicamente la señorita Antoniette, mitad cocinera mitad intendenta, tenía sus horas de expansión.

Según sus frases, el conde pasábase la vida haciendo la felicidad de algunas jóvenes y jactábase de conocer sus costumbres; si él no venía todos los días, era porque tenía otras pensionistas como yo.

—Está algo loco, añadía. Mientras vea á la señorita contenta, será dichoso; pero si la viese triste, se acabó, ya no volvería más, ni sabría la señorita nada más de él ni resto siquiera.

—¿Y de usted? dije á Antoniette.

—¿Yo? Conozco sus deseos, iría á encontrarle á París y tal vez volvería á empezar con otra.

—¿Entonces el conde no es dichoso?

—No, tiene mucho dinero, pero muchas

penas también. Mal casado, una mujer le hizo mil diabluras. Personaje de gran distinción, su nombre le obliga á ser severo en el mundo. Pero las grandezas le enojan, y prefiere pasar el tiempo con usted ó con otra.

—¡Con otra! ¿Por qué me dice usted eso?

—Porque usted no es celosa. Déjele usted pagar la dicha si en esto consiste la suya.

Lo que me dijo Antoniette hizome meditar toda la noche.

—Si me ha de abandonar por hallarme triste no me encontrará más alegre.

Sin embargo, resolví ser más risueña que nunca, aunque me estremecía cada vez que veía aparecer su correcto y grave semblante.

Pretendía él sonreír, mas su sonrisa prestaba mayor tristeza á su expresión.

Muy á menudo permanecía silencioso y me escuchaba tal vez con placer. Otras poníase á mi nivel intelectual para luchar con armas iguales; y en esa batalla de ideas y de frases mi espíritu ganó una intelectualidad que siempre me ha servido y que al conde se la debo.

Escribíame bastantes veces concisas cartas de tres ó cuatro líneas, pues tenía el arte de decir muchas cosas en pocas frases, también esta correspondencia constituyó para mí una excelente lección. Así es que contestaba á las suyas con cartas de seis líneas donde procuraba decir algo. Si hoy sé escribir una carta, á él se lo agradezco. Es el hombre el que hace á la mujer.

Nada es constante, ni lo bueno ni lo

malo. Decididamente el espíritu de lo nuevo es el que nos hace correr hacia el mañana. Mientras que aquella vida extraña fué para mí una novedad, la encontré seductiva aún en los días de tristeza. Pero concluí por apercibirme que todos los días eran iguales. La misma cama, la misma mesa, el mismo caballo, el mismo jardín: todo lo mismo. Las rosas que tanto amaba eran siempre del mismo color, era preciso que se formaran blancas para que me gustaran.

Cambiaba de continuo el color de mis vestidos; pero cuando iba al bosque, no conocía á nadie. Es para los ojos que conocemos para los que deseamos ser bellas.

Ya sólo iba al bosque á caballo. Apenas ni una vez por semana iba en coche. Un pequeño cupé sin armas tirado por un caballo negro que los demás días sin duda conducía á mis rivales.

Una mañana el fastidio se apoderó violentamente de mí. Pensaba más que nunca en mi madre y en mi hermana, y lloré.

—¡Si viniera mi madre! me decía, ¡si tuese á verla!

Pero no ignoraba que mi madre no me perdonaría ni la vida que llevaba ni mi modo de vestir.

Contemplé la casa y el jardín; abrí mi armario de vestidos, y jugué con mis joyas como una niña con sus juguetes.

—Y todo esto es mío, pensaba.

Y un instante después dije.

—Sí, mío, pero me fastidia ya.

Pensé en el conde.

—Va á venir aún con su semblante gla-